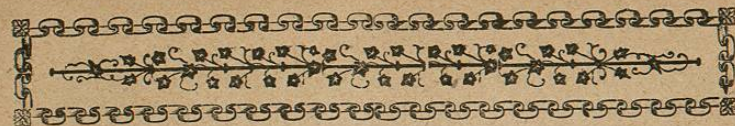


Más tarde, estando el Ilmo. Sr. D. Juan Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, en días de dar á su sobrino la primera tonsura, la madre Chantal quiso regalarle la primera sotana, y con sus propias manos le hizo el primer cinturón, á causa del singular amor que le tenía. Carlos Augusto lo estimó tanto, que guardó siempre este cinturón como preciosa reliquia, y nunca le llevaba sino en las fiestas grandes» (1). Pero no adelantemos los sucesos. Luego encontraremos á Carlos Augusto en los locutorios de la Visitación; le veremos, Doctor y Obispo, venir á pedir á la madre de Chantal consejos, oraciones y ejemplos, y veremos también á nuestra Santa ponerle la pluma en la mano para que escriba, como lo hizo, la vida más exacta — según dice la misma—y la más encantadora, según los hombres entendidos, de todas las historias de San Francisco de Sales.

(1) *La casa natural, histórica y cronológica de San Francisco de Sales*, por Nicolás de Hauteville, Presbítero, Doctor en Teología y Canónigo de la Catedral de San Pedro de Ginebra, París, 1669, en 4.º, pág. 380.



## CAPÍTULO VIII

Progresos visibles en la santidad.—La señora de Chantal se consagra más y más al servicio de los pobres.

— 1606 —

No tardaron en conocerse los progresos de la señora de Chantal bajo la sabia dirección del Santo Obispo de Ginebra. Su altivo é impetuoso carácter se transformaba. Adelantaba á grandes pasos en la práctica de la humildad, de la dulzura, de la mortificación, de la paciencia, de estas virtudes, en fin, tan difíciles en sí mismas, y tan opuestas á todas sus inclinaciones. No es esto decir que hasta entonces no se hubiese aplicado á ello, y aun con éxito, sino que las entendía y practicaba de una manera nueva que no se la había visto antes, y que encantaba á todo el mundo.

Estos progresos, que los historiadores han notado, vinieron á ser más sensibles á la vuelta del viaje de que hablamos. Hasta entonces la señora de Chantal no había hecho más que entrever, digámoslo así, á San Francisco de Sales; y si se exceptúan las cartas, que habían sido frecuentes, no le había hablado sino de prisa; pero habiendo tenido esta vez la dicha de pasar diez días enteros en el castillo de Sales, siendo testigo todo este tiempo de las maravillas que la gracia obraba visiblemente en su Santo director, sintió aumentarse la veneración que hacia él había concebido desde el pri-

mer día que le conoció, y los sentimientos de confianza y docilidad, condiciones tan indispensables para aprovechar con la dirección. « Yo — dice la Santa — veía á Dios habitar en este santo pastor con tal plenitud, que nunca le miraba, me parece, sin algún sentimiento de la presencia de Dios, y hubiera mirado como la mayor felicidad el abandonar todas las cosas del mundo para ser la menor de las criadas de su casa, y hartarme con las palabras de vida que á todas horas profería.»

Por su parte, San Francisco de Sales, que tampoco había visto á la señora de Chantal sino poco y de prisa, aprovechó esta ocasión para observarla más atentamente; y como era tan perspicaz, notó al instante, entre mil cualidades admirables, algunos ligeros defectos, resto de su educación aristocrática, los cuales la indicó con infinita dulzura, y ella enmendó al instante con no menor generosidad, quitando así el estorbo, aunque ligero, que oponían al desarrollo de sus virtudes y al resplandor con que debían brillar.

Al otro día después de su vuelta del castillo de Sales, hizo la señora de Chantal un acto que indicó ese cierto modo expresado con que desde entonces comprendía y practicaría la virtud. Hasta entonces había acostumbrado, como lo hacen las señoras del mundo, á que la vistiese una de sus criadas. A las cinco de la mañana la llamaba para que encendiese la vela, y fuego si era invierno, y la vistiese; la pobre doncella, que temía siempre hacer esperar á su ama, á cualquiera hora de la noche que despertase hacía grandes esfuerzos para no volverse á dormir, lo que le era sumamente penoso. Al volver de Sales, la señora de Chantal dijo á su doncella que no quería viniese á vestirla, y que se vestiría bien sola. Se supo que San Francisco de Sales había exigido esta reforma, y la Santa contó por sí misma y con humildad lo que había pasado. El Santo Obispo supo por casualidad estos pormenores, y habiendo ido á

buscar á la señora de Chantal, la reprendió con bondad, y la dijo: «Es menester que tengáis una devoción tan dulce para con Dios y tan benigna para con el prójimo, que no incomodéis ni deis molestia á nadie. Si queréis buscar á Dios muy de mañana en la oración, ¿no es justo que os levantéis sola para encontrarle mejor, sin molestar á ninguno de los que os sirven?»

Estas palabras fueron un rayo de luz para la señora de Chantal: después, no sólo no llamó á sus doncellas para ayudarla á vestirse, sino que empezó á servirse por sí misma, en cuanto podía; de suerte que, encendida su chimenea, barría su cuarto, hacía su cama, preparaba sus vestidos, se peinaba, y, por último, no le hacían sus criadas sino lo que absolutamente no podía hacer por sí misma. Las gentes que no ven sino lo que tienen delante de los ojos, creerán que esto aumentaba sus penas, pero se equivocan; por el contrario, recobraba su libertad.

Lo mismo, respectivamente, hacía con el anciano Barón de Chantal, su suegro. Durante la Cuaresma, por ejemplo, se levantaba muy de mañana, montaba á caballo y se iba á dos leguas de distancia á la Misa y sermón que había en Autun, y en seguida, fiel á la recomendación de San Francisco de Sales de no incomodar á nadie con su devoción, salía de Autun por calles poco frecuentadas para que no la detuviesen, y, volviendo á montar á caballo, tomaba el trote largo para llegar á casa de su suegro á la hora en que éste se ponía á la mesa, á fin—dice su biógrafo—de no darle ni aun la sombra de incomodidad alguna.

«Después de su vuelta de Sales—dice la Madre de Chaugy—se vió brillar en nuestra Santa una grande libertad de espíritu, enteramente nueva, acompañada de gran suavidad. Sus devociones no molestaban ya á nadie, lo que daba motivo á que todos bendijesen al Santo Obispo, reconociendo que Dios había suscitado en estos

tiempos á este grande hombre para hacer la devoción amable, fácil y proporcionada para todo el mundo. Los criados de esta santa viuda decían entre sí, como proverbio, según hemos sabido por su propia boca: «El primer director de la señora no la mandaba hacer oración más que tres veces, y todos estábamos fastidiados; el Ilmo. de Ginebra la hace orar todo el día y á nadie incomoda (1).»

Para acabar de perfeccionar la virtud de la señora de Chantal, era menester que se llegase á disipar la nube de tristeza que se veía sobre su rostro desde la muerte de su esposo, y desde el principio de sus penas interiores, lo que á pesar suyo podía ser molesto á los que la rodeaban. Era esta una obra difícil; pero San Francisco de Sales conocía toda su importancia, y se había dedicado á ella desde que conoció á la señora de Chantal. El consejo de que estuviera alegre, llena, puede decirse, todas las cartas del Santo director. «Vivid completamente alegre—la decía,—y siempre constante en el servicio de nuestro amado Jesús.» Y en otra parte: «Vivid alegre, y sed generosa; Dios, á quien amamos y á quien nos hemos consagrado, nos quiere contentos». Y añade después: «Por nada en el mundo querriais ofender á Dios, ¿no es esto bastante para vivir alegre?» Algunas veces decía sólo una palabrita en la despedida de la carta: «Estemos contentos». Otras veces deja correr la pluma: «Conservaos alegremente humilde delante de Dios, y sed humildemente alegre delante de las gentes. Si los hombres os estiman, burlaos de ello alegremente; si no os estiman, consolaos alegremente.» En otra parte encontraremos un rasgo encantador, que caracteriza perfectamente á San Francisco de Sales, y que no podríamos omitir sin reprendernos. «Creedme; los israelitas no pudieron cantar nunca en Babilonia, porque pen-

(1) *Memorias*, tomo I, cap. XVII.

saban en su país; pero yo quisiera que nosotros cantásemos en todas partes.»

Estos amables consejos, renovados en el castillo de Sales, empezaban á dar su fruto. La señora de Chantal aparecía de día en día más alegre. El canto renacía en sus labios, y los salmos de David, puestos en verso por Felipe Desportes, Abad de Tirón, eran sus cantos favoritos. Llevaba siempre consigo este libro, hasta cuando iba por el campo á caballo. Le hacía colocar en un saquito colgado en el arzón de la silla, á fin de poder cantar por el camino.

Al mismo tiempo que la señora de Chantal hacía tantos progresos en el espíritu de dulzura y santa amabilidad, San Francisco de Sales velaba cuidadosamente para que no perdiese nada de su energía y del vigor que formaba el fondo de su carácter. La ejercitaba sin cesar en mortificarse, en vencerse, que es el más bello empleo de la fortaleza; é independientemente de las mortificaciones que conocía y había autorizado, como el cilicio y la disciplina, se aprovechó de los diez días pasados en el castillo de Sales para enseñarle otras más sencillas, más comunes; pero que practicadas con valor, y sobre todo con constancia, quiebran mejor, y tal vez más pronto que el cilicio y la disciplina, la naturaleza.

«He oído decir á la señora de Chantal—escribe una religiosa—que estando en el mundo se había criado con tanta delicadeza, que no comía sino de ciertas cosas; pero siendo viuda, y estando bajo la dirección de nuestro bienaventurado Padre, se libró de tales delicadezas. Este bienaventurado—nos decía,—cuando tenía yo el honor de comer á su mesa, sabía ya mi repugnancia y aversión á ciertos manjares, y cuando los había en la mesa me preguntaba dulcemente si no comería de aquello, como si ignorase mi delicadeza y aprensión. Yo le respondía: «Ilmo. Señor, en mi vida lo he comido»; pero

al momento me lo servía. Un día, por ejemplo, sabiendo la repugnancia que ella tenía á las aceitunas, se las sirvió, diciéndole que deseaba mucho las comiese, lo que hizo al instante, aunque con grandísima repugnancia (1).»

De vuelta del castillo de Sales, la señora de Chantal resolvió seguir esta clase de mortificación, á la cual, á pesar de su gran santidad, no se había aplicado hasta entonces. Para ello, á fin de mortificarse en la elección de alimentos, encargó á una doncella que la asistía que sirviese á la mesa. De este modo se la servía muy á menudo contra su gusto, pero nadie lo advertía. ¡Tan dominada y muerta estaba la naturaleza de nuestra Santa!

Cuando había convite en el castillo, tenía mucho cuidado para que nadie conociese su mortificación; recibía en su plato, con mucha política, los sabrosos bocados que se la ofrecían, los cortaba y fingía comerlos con mucho gusto, pero se entendía con un criado, que de cuando en cuando y por su orden, la tomaba su plato y se le llevaba sin que lo advirtiesen. De este modo los bocados más suculentos de la caza y de las aves se reservaban para los pobres (2).

La misma mortificación usaba en sus vestidos. Hemos visto que, cuando su esposo murió, había dado todos los adornos de su juventud, y había elegido un vestido muy sencillo. Había conservado hasta entonces sus largos y hermosos cabellos; los rizaba y empolvaba, según se acostumbraba en aquel tiempo, «y esto la gustaba mucho (3).» De vuelta del castillo de Sales, hizo el sacrificio de esta última vanidad, una de las más delicadas y costosas. Se ignora si San Francisco de Sales

(1) *Proceso de canonización*, tomo II, *Memorias de la Madre Dorotea de Marigny*, págs. 976-992.

(2) Declaración de la Madre Maria Amada de Sonnaz, *sup.* art. 58.

(3) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. I, cap. XVIII.

había exigido que se cortase el pelo, pero es cierto que lo aprobó, y que poco después la excitó él mismo á otro sacrificio. «He pensado hace más de tres meses—la escribe—que haríamos muy bien en que os deshicieseis completamente de toda vanidad en vuestros vestidos. Hacedlo, pues, porque así nos lo inspira nuestro buen Dios, y creed que no dejaréis de ser bastante bella á los ojos de vuestro Esposo» (1). Dócil á este dictamen, la señora de Chantal adoptó «un traje negro de estameña, tan sencillo, que no tenía ni aun galón, con un cuellecito sin almidonar, mangas de dos dedos de ancho, una gorra negra de tafetán, prohibiéndose para siempre el uso de medias de seda» (2).

Pero, sobre todo, en sus relaciones con sus padres fué donde resplandecieron más los maravillosos progresos que hacia la Santa en humildad, dulzura, mortificación y desasimiento de todas las cosas. Empezó en Monthelón con un rasgo heroico. El día de la Santísima Trinidad de 1604 se paseaba por la tarde cerca del castillo, cuando vió venir hacia ella tres jóvenes de muy buen aspecto, que le pidieron limosna; por casualidad no llevaba dinero, ni objeto alguno de valor, excepto una sortija de oro, que tenía en mucha estima por haberla llevado su esposo, de cuyo dedo la sacó el mismo día de su muerte. Sin embargo, no titubeó, y dándola á uno de ellos, le rogó fuese para los tres. Los tres jóvenes la dieron las gracias con mucha amabilidad, y con un aire que no es posible explicar, la aseguraron que eran muy buenos amigos, y que dando á uno había dado á todos. A estas palabras se sintió tan penetrada de la presencia de Dios, que cayó de rodillas y les besó los pies con indecible alegría. Cuando se levantó habían desaparecido, sin que se pudiese saber

(1) *Carta de San Francisco de Sales*, 11 Febrero de 1607.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. I, cap. XVIII.

por dónde se habían ido. Desde entonces quedó tan aficionada á los pobres, que hizo voto de no rehusar jamás el dar limosna cuando se la pidieran por amor de Dios (1).

No contenta con este voto, ni con el que anteriormente había hecho de trabajar siempre para los pobres, tuvo aún más cuidado de visitarlos en sus pobres albergues. Lo hacía todos los días, aun en los más calurosos del estío y en los fríos y llenos de nieve en el invierno. Al salir del castillo decía á los que la acompañaban, para excitar su fe y la propia suya: «Vamos á visitar á Nuestro Señor en el monte Calvario, ó en el huerto de las Olivas, ó bien al Santo Sepulcro», diversificando así las estaciones, á fin de suministrar cada día un alimento divino á su piedad.

En efecto, un pobre era para ella, no sólo un hermano desgraciado sino el mismo Jesucristo oculto bajo los andrajos de la miseria, que continuaba bajo este velo, que sólo la fe puede penetrar, su vida humillada, para perpetuar así su dolorosa Pasión. Penetrada de respeto hacia este misterio de la pobreza, en el que creía como en el misterio de la Trinidad ó de la Santa Eucaristía, no se acercaba á los pobres sino como se acerca uno en el mundo á los Príncipes y á los Reyes. Los saludaba profundamente, les hablaba con respeto; muchas veces los servía de rodillas, «porque, después de todo, Dios—decía—la había rehusado el honor de nacer en la pobreza» (2).

(1) Declaración de la Madre Favre de Charmette.

(2) Este santo modo de mirar á los pobres, que había sido muy común en la Edad Media, no había desaparecido ni con mucho en el siglo XVI. El ilustre d'Agnesseau, hablando de sus padres, dice: «Miraban á los pobres como á sus hijos, de suerte que si tenían diez mil francos que imponer, no imponían más que ocho mil, y daban dos á los pobres, que miraban como á su propia sangre, por una adopción santa y gloriosa para ellos, pues ponían á Jesucristo mismo en la clase de sus hijos.»

Si tenían deudas ó pleitos, se encargaba de pagar aquéllas y sostener sus derechos; y cuando iba á Dijón, llevaba siempre «algunos sacos de papeles de aquellos buenos aldeanos, á fin de consultarlos con el digno Presidente, su padre, el cual lo hacía siempre con la mayor benignidad.» Si faltaban á los pobres mantas ó vestidos, mandaba á buscarlos inmediatamente al castillo. «Tenía—dice la Madre de Chaugy—vestidos de reserva para los pobres; y cuando venían algunos muy miserables, andrajosos y llenos de miseria, les hacía poner los vestidos que tenía ya hechos, y tomando los andrajos que dejaban, los hacía cocer en agua para quitar la miseria, y con sus propias manos los zurcía y remendaba. Cuando no tenían miseria y sólo estaban desgarrados, se la vió muchas veces ponerse unas mangas sobre las suyas, y con un delantal blanco sobre su vestido, extender sobre una mesa los de los pobres y cepillarlos, componerlos después, remendarlos, y volverlos á cepillar para dárselos más limpios á sus pobres dueños (1).»

Cuando la enfermedad se juntaba á la pobreza, la caridad de la señora de Chantal era aún más respetuosa y más tierna. Tenía en el castillo un cuartito separado, donde había aguas, unguentos y remedios que preparaba por sí misma para los pobres. Todo lo cual estaba tan limpio y tan bien arreglado, que cuando en la aldea se quería alabar la limpieza de una casa, se decía como proverbio: «Está tan limpia como la botica de la señora de Chantal.» Antes de salir se proveía de los remedios que creía poder necesitar, y cuando llegaba á la cama de los enfermos «lavaba sus llagas con sus manos, quitaba las materias y carnes podridas, y las curaba con devoción y cuidado, haciéndolo á veces de rodillas.» «Personas que estaban entonces á su servicio

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. I, cap. XVIII.